

# Nuestra gente: el linarense Filiberto Medina Montelongo (primera parte: los años mozos)

■ ■ José Roberto Mendirichaga\*

Filiberto Medina Montelongo –empleado transportista y municipal, poeta, compositor musical y estudioso de nuestra geografía y nuestra historia– fue un hombre que se distinguió por su afán de servir a los demás, con un profundo cariño a su lugar natal.

Medina Montelongo nació en Linares, Nuevo León, el 20 de noviembre de 1918, apenas institucionalizada la Revolución Mexicana y promulgada la Constitución de 1917. Allí creció, estudió, trabajó y se casó, para luego trasladarse a Monterrey, al inicio de la década de los cuarenta, con su esposa y su primer hijo. Nuestro biografiado acudiría constantemente a su terruño y nunca lo olvidaría.

Pero, ¿cómo era el Linares de la época? Su cronista, Armando Leal Ríos, nos lo dice en su trabajo histórico incluido en *Nuevo León a través de sus municipios*. Allí señala el cronista que Linares es una importante ciudad, la que se pensó que a finales del siglo XVIII pudiera ser sede de la silla episcopal en función de su posición geográfica, para atender espiritualmente a la provincia del Nuevo Reino de León –más las provincias de Nueva Extremadura o Coahuila, Nueva Santander o Tamaulipas, y Texas–, además de ser camino hacia el Golfo de México, región toda rica en agricultura y ganadería.

Referente a la década del siglo veinte en que nació Medina Montelongo, Leal Ríos señala:

El censo poblacional de Linares alcanzaba las 20 mil almas, de las cuales unas ocho mil personas habitaban en el área urbana y el resto vivía en haciendas, ranchos y apartadas aldeas, dedicada principalmente a la ganadería y al cultivo de la caña de azúcar [...] La historia de Linares será siempre la historia de su tierra. Ello se aprecia en las mercedes de agua y tierra, la recomposición

de las haciendas y los cambios de dueños, cuyos nombres quedan asentados en documentos a través del tiempo [...] Esa actividad agropecuaria llevó al comercio, y luego a la incipiente industria y a la banca.

Leal Ríos apunta que en la década de los cuarenta del pasado siglo se dio un gran impulso a la actividad citrícola, cuando “se plantaron el 95 por ciento de las huertas de cítricos que hoy existen”. El cronista recuerda los nombres de los principales impulsores de este cultivo, a saber: los señores Ubaldo Adame Elizondo, Rodolfo Loza Márquez, Francisco Segovia, Alfredo Garza Ríos, Fernando García, Enrique Elizondo, José Benítez Gómez, Luis de la Mora, Anselmo Perales, Juan S. Sáenz, Guillermo Zambrano, Andrés Martínez, Carlos E. Martínez y Larry Lighter;<sup>1</sup> igualmente, el citado cronista describe la incipiente actividad fabril de la ciudad y la región.

Como hombres y mujeres ilustres de Linares, de la Independencia a nuestros días, Leal Ríos apunta, entre otros, a: Josefa Ajarrista, José Sotero Noriega, Jesús María Benítez y Pinillos, Juan C. Doria, Manuel Z. Gómez, José Benítez Martínez, María Valdés, Ignacio Morones Prieto, Pablo Salce Arredondo, Marina Silva de Rodríguez, Rodrigo Gómez, Adelaida Benítez de Noriega, Luis Leal, Rosita Garza Noriega, Lidia Rodríguez Alfano y Everardo Elizondo Almaguer.

Pero interesa particularmente la vida del personaje de esta saga: Filiberto Medina Montelongo. Él mismo narra su origen: “Mi padre se llamaba José María Medina y trabajaba en el rastro, como tablajero. Mi madre fue Francisca Montelongo, mujer muy luchista y que supo cuidar de su esposo y de nosotros. Solamente tuve un hermano, José Ruperto, que era cuatro años mayor que yo. Realmente, Linares fue

\* Maestro en Letras Españolas por la UANL y doctor en Historia por la UIA. Profesor emérito de la Universidad de Monterrey.

<sup>1</sup> Armando Leal Ríos, “Linares, primera sede episcopal de Nuevo León”, en *Nuevo León a través de sus municipios*, tomo III, Multimedia, Monterrey, 2010, pp. 11-51.

el punto de referencia familiar y una ciudad a la que siempre he estado ligado, a mucha honra”.<sup>2</sup>

En ese momento los tiempos en Linares eran difíciles para la familia Medina Montelongo, por lo que hubieron de emigrar al norte. Se encaminaron a San Antonio, Texas, donde con su familia vivía un tío, José María Montelongo, hermano de su madre. Su padre trabajaba allí como dependiente en una tienda y su madre era operaria en una fábrica de habanos. Luego se mudaron a Harlingen, Texas, “pues allá había mejor trabajo”. Don Filiberto señala: “Entonces nos pusieron en la West Ward School. Recuerdo a miss Simmons, la maestra de cuarto grado [...] Yo creo que tuve muy buenos maestros, porque nunca olvidé el inglés”; narra quien estuvo en el Valle de Texas hasta 1930 y regresó con su hermano y sus padres a Linares.

De aproximadamente 12 años, el niño Filiberto cursó cuatro años en la Escuela Real o Mexicana. Andaba en bicicleta y jugaba con sus compañeros en la risueña población. Sigue narrando el entrevistado: “En la escuela de Linares tuve como profesora a la señorita Paulita Torres, que nos daba todas las materias. De aquel tiempo recuerdo a los compañeros José y Pablo Martínez. Pero luego, en 1934, murió mi padre y tuve que ayudar a mi mamá. Trabajé en una

gasolinera de los señores Leal. Ganaba 50 centavos diarios. Después entré a trabajar en la compañía de Agua de Linares, cuidando el tanque. Estaba más allá de Villaseca, por la loma. Allí me pagaban un peso diario. Como a los seis meses, me cambié a la compañía de Luz de Linares. Me empezaron pagando \$1.50 diarios. Don Aurelio Cienfuegos era el gerente”.

Y continúa: “Tomaba la lectura de los medidores y cobraba los recibos de cuota fija. Allí duré más de seis años y fue un buen trabajo en el que aprendí mucho y me fogueé”; afirma quien para entonces andaba de novio de la señorita Elvia Sosa Sánchez, a quien había conocido por Tomás Sosa, su amigo y luego cuñado.<sup>3</sup>

Casi veinte años después, al hablar con la hija de don Filiberto, la señorita Elvia Medina Sosa, ésta confirma los datos aquí consignados y señala que su padre hablaba y escribía muy bien el inglés; que eso le sirvió mucho para su posterior trabajo en los Transportes del Norte a fin de recibir al turismo norteamericano que visitaba Monterrey en numerosos grupos; que su tío José María Montelongo trabajaba de mecánico en San Antonio; y que su abuela Francisca siempre se preocupó por dar a sus hijos “la mejor educación que podían”. Acerca de la familia del hermano de su padre, José Ruperto Medina y primos, dice que viven en San Antonio, Texas.<sup>4</sup> [Continuará].

---

2 Entrevista “Filiberto Medina, con la música por dentro”, página “Más sabe el diablo...”, de José Roberto Mendirichaga en *Milenio-Diario de Monterrey*, II-10-02, p. 41.

---

3 *Ibid.*

4 Entrevista telefónica con Elvia Medina Sosa, en IX-10-20. Para mayor información sobre la biografía de FMM, consultar el artículo de Francisco Javier Alvarado Segovia en la revista *Música en Monterrey*, Vol. 3, Núm. 12, Enero-Febrero de 2005, pp. 18-20.